

## LIBRO SEGUNDO.

### RESULTADO DE LA LUCHA. ¿QUIÉN ES VENCEDOR?

#### CAPÍTULO I.

##### LA IGLESIA.

#### § I.—El Pontificado en tiempo de la Reforma. Su impotencia.

Los protestantes se vanaglorian de haber roto el poder de los papas; en realidad, el Pontificado estaba ya en plena decadencia antes del siglo XVI; los reformadores no hicieron más que consagrar una obra que estaba realizada. Esto no es una paradoja. Una institución está muerta cuando se halla condenada en el terreno del pensamiento; importa poco que viva todavía durante siglos. El paganismo estaba muerto desde el día en que lo rechazó la filosofía, por más que haya tenido una existencia secular antes de dejar paso al cristianismo. Lo mismo sucede con el Pontificado. ¿Qué es lo que constituía la fuerza de los papas en la Edad Media, por decirlo así, su vida? El Pontificado era una potencia de opinión basada en las creencias cristianas. Apoyado en la conciencia general, Gregorio VII fundó el poder espiritual y el poder temporal de la Santa Sede. A sus ojos y á los ojos de la cristiandad este poder era divino, y, por consiguiente, eterno como Cris-

to, de quien se decía ser el órgano. Pero no hay nada eterno más que Dios; todo lo que se refiere á la humanidad cambia, porque el hombre, sér imperfecto, no llega á la verdad más que progresivamente y sin abrazarla jamás toda entera. El Pontificado tenía una gran misión que cumplir en la Edad Media, pero una misión temporal. Llamado á hacer la educación de las razas germánicas en una época de barbarie, debió reinar sobre los reyes y mantener con un rigor de hierro la regla religiosa que era su instrumento de educación. Los medios mismos que empleó para educar á los pueblos produjeron su caída: la dominación temporal lo puso en pugna con la soberanía del Estado, que es realmente de derecho divino, puesto que las naciones son de Dios: la dominación de los espíritus le puso en oposición con la libertad de pensar, que es igualmente divina, puesto que es una condición de vida y de progreso para la humanidad. Los herejes empezaron la reacción contra el poder pontificio; por más que hayan sucumbido, el principio de libertad de que eran representantes sobrevivió á su ruina y condujo á la Reforma y á la filosofía, es decir, á la negación del poder espiritual de los sucesores de San Pedro. En la Edad Media el Estado no existía; esto facilitó las pretensiones del Pontificado, pero en cuanto las naciones tuvieron conciencia de sí mismas, se proclamaron soberanas, y, por consiguiente, independientes de todo otro poder. La independencia de las naciones puso fin al poder temporal de los papas, del mismo modo que el libre pensamiento puso fin á su poder espiritual. Ahora bien, en el siglo XV los pueblos habían proclamado su soberanía, y la razón su libertad. Desde esta época el Pontificado, arruinado en sus fundamentos, no existía ya. Tal fué la causa de su debilidad contra el protestantismo. Los pretendidos vicarios de Dios habían perdido el imperio de las almas. Recobraron, es verdad, una parte del terreno que los reformadores les habían quitado, pero fué por medio de la fuerza y de la astucia; estas conquistas son pasajeras. Por eso la reacción católica fué seguida de una irremediable decadencia.



N.º 1.—*El Pontificado y las Cruzadas contra los Turcos.*

Decimos que el Pontificado había perdido el imperio de las almas en el siglo xv. Su impotencia se manifestó claramente en las largas negociaciones que siguieron á la toma de Constantinopla. Los papas llamaron incesantemente á los fieles á la guerra santa contra los Turcos, y estos llamamientos no produjeron más efecto que probar la inutilidad de sus esfuerzos. En la Edad Media los sectarios de Mahoma no amenzaban á la cristiandad; al ménos el peligro era tan remoto que no podía inquietar á los pueblos de la Europa que vivían en un aislamiento casi absoluto. ¿Por qué, pues, se lanzó el Occidente en masa sobre el Oriente? Por la sola razón de que los infieles se habían hecho dueños de Jerusalén, la ciudad santa; la cristiandad tomó las armas por libertar el santo sepulcro. El Pontificado se puso á la cabeza de los cruzados é hizo una guerra á muerte al falso profeta. En el siglo xv la muralla que había contenido la invasión de los Musulmanes cayó; la cristiandad invadida temió el yugo que pesaba ya sobre el Asia y la Grecia. No se trataba ya de conquistar el sepulcro de Cristo; tratabase de defender su herencia, la fe y la civilización cristiana contra las armas victoriosas de los sucesores de Mahoma. Tratábase de ser ó de no ser. ¿Qué hizo el Pontificado en aquellas graves circunstancias? Durante más de cien años excitó á los príncipes cristianos á empuñar las armas contra los infieles, y su voz resonó en el desierto. Importa hacer constar este hecho. La impotencia del Pontificado es un acontecimiento más notable que la invasión de los Turcos, es toda una revolución en los espíritus; prueba que los pueblos cristianos no estaban ya bajo la influencia de Roma. Es decir, que no eran ya católicos á la manera de la Edad Media; obedecían á inspiraciones políticas, comerciales, literarias, que todas eran hostiles al cristianismo tradicional.

Apénas tomaron los Turcos á Constantinopla, lanzó el Papa una bula para predicar la cruzada contra los vencedores. Nicolás V exhortó á los príncipes y les mandó, en nombre de la profesión de fe que habían hecho en su bautismo, en nombre del jura-

mento que habían prestado al recibir la unción real, tomar sobre sí la defensa del cristianismo. Para empeñar á los fieles á armarse contra el enemigo de la fe, llegó el Papa hasta á decir que en el estado desesperado en que se encontraban los asuntos de la cristiandad, era necesario para salvarse volar en socorro de la religión amenazada (1). ¿Quién no hubiera creído que en aquel primer momento de espanto se levantarían los cristianos en masa á la voz del vicario de Dios? Sin embargo, la bula pontificia pasó casi desapercibida. De todos los pueblos de Europa, los más interesados en la cruzada eran los Alemanes, puesto que los Turcos, dueños de Constantinopla, se extendían ya por Hungría é iban á invadir la Alemania. Si no tomaron la cruz fué porque no creían ya en la sinceridad del Papa; decían que la corte de Roma pensaba más en amontonar riquezas bajo el pretexto de la cruzada (2) que en hacer la guerra. «¿Por qué habían de exponer sus bienes y su vida en pelear contra los Turcos, cuando el Soberano Pontífice empleaba los tesoros de la Iglesia en edificar monumentos, en vez de consagrarlos á la defensa de la fe?» (3). Este hecho es una señal de los tiempos: los papas habían usado y abusado tanto de su poder, que los fieles no veían en ellos más que hombres avarientos. Hé aquí á lo que había llegado el Pontificado á mediados del siglo xv.

Nicolas V, artista y espíritu ligero, se interesaba más en el renacimiento de las letras que en la toma de Constantinopla. Su sucesor Calixto III estaba animado de un verdadero celo por la guerra sagrada, y trató de comunicar su entusiasmo á la cristiandad. Antes de su elección había hecho voto de perseguir á los crueles enemigos de Cristo por todos los medios, la guerra, las maldiciones, los entredichos, las execraciones. Elegido Papa, no se contentó con lanzar una bula, envió predicadores á los diversos paí-

(1) Bula de Nicolás V de 30 de Setiembre de 1453 (RAYNALDI, *a.* 1353, número 9).

(2) *Pii II Commentarii rerum memorabilium*, p. 22: «Dicebant eos corroderé aurum velle, non bellum gerere.»

(3) Carta del franciscano J. CAPISTRANO al Papa (WADDING, *Annales Minorum*, t. XII, p. 203).



ses para encender los ánimos (1). La Europa pareció conmoverse á la voz de su jefe espiritual, pero éste era un ardor ficticio; los príncipes que tomaron la cruz emplearon el dinero de la cruzada en hacer la guerra por su propia cuenta. *Eneas Sylvio* dice muy bien que el Papa era el único que quería formalmente la guerra sagrada, pero que su impotencia igualaba á su buena voluntad (2): « Amenaza y no se le teme; grita y no se le atiende. »

Cuando *Eneas Sylvio* subió al trono de San Pedro, la guerra contra los Turcos fué la gran cuestión de la Santa Sede; el Papa puso en ello verdadero empeño; pero había pasado ya lo mismo el tiempo de las cruzadas que la influencia del vicario de Dios. Pío II convocó una asamblea de los reyes cristianos en Mantua; la indiferencia era tal que muy pocos príncipes respondieron al llamamiento del Soberano Pontífice. Fué una cruel decepción para el Santo Padre; inauguró el concilio con palabras de desesperación: « Hemos esperado, dice, encontrar aquí numerosos enviados de los jefes de la cristiandad, pero nos hemos equivocado: los cristianos no se preocupan ya por los intereses de la religión. » No pudiendo arrastrar á los fieles, Pío II trató de convencer á los infieles; escribió una carta al Sultán para convertirlo. Inútil es decir que el teólogo fué tan impotente como el Soberano Pontífice. Entonces el Papa hizo un último esfuerzo; declaró que él mismo se pondría al frente de los cruzados: « ¿ Habrá algún cristiano que se atreva á permanecer en su casa, viendo al sucesor de San Pedro, al vicario de Cristo, al llavero del cielo, tomar las armas con el colegio de cardenales y el clero? Sería preciso que su alma fuese más dura que el hierro, más insensible que la piedra. ¿ Qué excusa podrá alegar? Un anciano débil y enfermo arrostra las fatigas y los peligros, y el joven sano y robusto se ha de negar á seguirle! El Soberano Pontífice, los cardenales y los obispos toman la cruz para combatir á los enemigos de Cristo, al paso que los caballeros, los barones, los condes, los duques, los príncipes, los reyes y el emperador están ociosos! » (3).

(1) PLATINA, *Vita pontificum*, p. 727.

(2) AENEAS SYLVIUS, *Epist.* 239.

(3) AENEAS SYLVIUS, *Epist.* 412.

La cristiandad permaneció sorda á este apasionado llamamiento. En la Edad Media bastó la elocuencia de un ermitaño para inflamar á los fieles. En el siglo xv el vicario de Dios toma por sí mismo las armas, hace un deber para los cristianos el seguirle y le abandonan! Los esfuerzos inauditos de Pío II forman un triste contraste con los resultados; no llegaron á Italia más que gentes sin fe que abandonaron bien pronto la bandera de la cruz. Cuando el Soberano Pontífice quiso embarcarse se halló solo; al verlo, murió de sentimiento.

*Eneas Sylvio* es la imagen de la decadencia pontificia. Allí donde un hombre de corazón había fracasado, no podían salir adelante Pontífices más ó menos indiferentes. Pablo II, Sixto IV, Inocencio VIII, dirigieron apremiantes exhortaciones á todos los príncipes, pero su voz no halló eco. La cristiandad no tomaba los Papas en serio. Maquiavelo, órgano del espíritu político que dominaba en las cortes, dice que los proyectos de cruzada eran *patrañas*; los compara con el diluvio y con el fin del mundo. Alejandro VI nos dirá si el escritor italiano exageraba, y si el Pontificado merecía todavía que se diese crédito á sus palabras. El jefe de la cristiandad tenía entre sus manos al hermano de Bayaceto; aprovechó esta buena fortuna para sacar dinero á su amigo el Gran Turco. Cuando Carlos VIII amenazó á Nápoles y á Constantinopla, el Papa, en lugar de aprovechar esta ocasión para atacar á los Turcos, envió un embajador al sultán con instrucciones que son un eterno baldón para la Santa Sede. El soberano Pontífice hizo traición á la cristiandad, comunicando á Bayaceto los proyectos hostiles del rey de Francia; le pidió auxilios en dinero para combatir á los Franceses; esperaba, dice, que en aquellas difíciles circunstancias, el sultán le daría una prueba de su amistad. Alejandro VI insiste en varias ocasiones en su correspondencia sobre la *buena amistad* que existía entre él y el sucesor de Mahoma; hubiera querido estrechar aún más aquellos increíbles vínculos (1). Bayaceto respondió al Papa, proponiéndole

(1) « Immo nostræ intentionis est accrescere et meliorare nostram bonam amicitiam. » (*Diario de BURCHARD*, en los *Archivos curiosos*, primera serie, t. I, página 242 y sig.)



matar á su hermano Gem, ó como dice el sultan, en términos que harían honor á Tartufe: «librar lo más pronto posible á su hermano de las miserias de este mundo, á fin de que su alma fuese trasportada á otra vida, en la que pudiese gozar de más tranquilidad.» El sultan prometió al papa, si le enviaba el cuerpo de su hermano, 300.000 ducados «para comprar tierras para sus hijos.» Alejandro se vió obligado á vender al desdichado Gem á Carlos VIII por 20.000 ducados, pero se lo entregó envenenado. Es cosa de oír á *Burckard* acerca de este golpe maestro: «El sultan Gem murió, por haber tomado un manjar ó una bebida que no convenia á su temperamento, y que no tenía costumbre de tomar. Su cuerpo fué enviado inmediatamente á Bayaceto; éste pagó, ó dió en cambio, según se dice, una gran cantidad de dinero.» Este era el precio de la sangre.

Llegamos á un Papa algo más serio. Leon X exhortó á los príncipes cristianos á la guerra santa en lenguaje ciceroniano, é invocando los *dioses inmortales*. Se reunió una dieta en Cambrai, con el fin de hacer la paz entre el rey de Francia, el rey de Castilla y el emperador, y de unirlos contra el enemigo de la cristiandad. Tal era al ménos el objeto aparente de las conferencias; las instrucciones secretas nos enseñan que en el fondo se trataba de la ambición de los príncipes: «para adormecer al Papa, decia Francisco I, se le pondrá delante la cuestion de Grecia» (1). Sin embargo, las circunstancias fueron graves, apremiantes. Las conquistas y los proyectos ambiciosos de Selim difundieron el espanto por Italia, hasta el punto de que el Papa no se creyese seguro en Roma. Entonces Leon X, con su autoridad pontificia, mandó una tregua de cinco años entre los príncipes cristianos, y amenazó con excomunion y entredicho á los que se negasen á observarla (2). Al mismo tiempo el Papa entabló con todas las córtes negociaciones que dieron por resultado un convenio formal, una verdadera coalición de la cristiandad contra los Turcos. En su alegría, el soberano Pontífice exclamó: «Regójate, Jerusalem, tu

(1) BEMBI *Epist.* t. II, p. 364.—CHARRIERE, *Negociaciones de la Francia en el Levante*, t. I, p. 21.

(2) RAYNALDI *Annales*, 1518, números 41 y sig.—CHARRIERE, I, 47, 63, 67.

libertad se acerca.» ¿Cómo es que este famoso tratado siguió siendo letra muerta? El clero, que debía contribuir con su dinero, fué el primero en resistir. En España se negó unánimemente á dar el diezmo de sus rentas; en vano puso el Papa el reino en entredicho; se despreciaron sus rayos. En Alemania los clérigos estuvieron de acuerdo con los reformadores para combatir el diezmo. En todas partes no se vió más que un pretexto para sacar dinero. Nadie, incluso el Papa, se acordó de los anatemas que habia lanzado contra los que rompiesen la tregua; cuando estalló la guerra entre Carlos V y Francisco I, Leon X se decidió por el emperador contra el rey cristianísimo, y no se ocupó ya de la cruzada (1).

El Pontificado conocia su impotencia. Adriano dirigió un llamamiento desesperado á los príncipes; se lamentó de su ambición desordenada, les amenazó con el juicio de Dios que los despojaría de sus reinos en este mundo y los entregaría en el otro á la muerte eterna; suplicó, mandó, y por último, confesó que todas sus palabras eran vanas (2). No cabia duda; el Papa decia la verdad; los príncipes ni aún respondieron á la apasionada carta del Santo Padre. Esto era llevar la indiferencia hasta el desden. No faltaba más que una cosa para dar el golpe de gracia á los proyectos de cruzada, la alianza entre los cristianos y los infieles. El rey *cristianísimo*, Francisco I, dió el ejemplo, y el rey *católico* se hallaba muy dispuesto á hacer otro tanto. Era una revolucion al mismo tiempo política y religiosa. En la Edad Media las relaciones civiles más sencillas entre cristianos é infieles eran reprobadas por los Papas; una alianza entre la *luz* y las *tinieblas* se hubiera considerado como una cosa monstruosa, imposible. Pues bien, lo imposible se realiza; la humanidad reemplaza á la cristiandad. Desde este momento la idea de una cruzada carece de sentido, es verdaderamente imposible. Hubo todavía guerras contra los Turcos, pero eran guerras políticas, y casi siempre guerras defensivas; no fué ya la religion quien inspiró las alianzas,

(1) CHARRIERE, t. I, p. 74, nota 2, p. 76, nota 1.—RAYNALDI, *a.* 1518, números 76, 77.

(2) CHARRIERE, *Negociaciones*, t. I, p. 96-102.



fué el interés de los príncipes. Los Papas mismos cedieron á la influencia del tiempo, y acabaron por considerar como aliados á los infieles de la misma manera que al emperador, el defensor de la Santa Sede.

Esto no impidió á los Papas seguir hablando de cruzadas é incitando á la guerra santa. ¡Vanas palabras en las que ellos mismos no podían creer! El último concilio general de la cristiandad tenía por objeto la guerra contra los Turcos y la reforma de la Iglesia. Pablo III lo dice en la bula de convocación (1). Sin embargo, no se dijo en el concilio de Trento ni una palabra para unir á los príncipes cristianos contra los infieles. El concilio no hizo más que abrir más profundamente el abismo que separaba á católicos y protestantes. Eternizó el cisma, y este cisma era una insurrección contra el Pontificado. La impotencia de los Papas en su lucha con los reformadores fué tan grande como su impotencia en la lucha de la cristiandad contra los Turcos.

#### N.º 2. — *El Pontificado y la Alemania.*

Los vanos llamamientos que dirigieron los Papas á la cristiandad en los siglos XV y XVI para armarla contra los Turcos, prueban que había entre el Pontificado y los fieles una completa divergencia de sentimientos y de miras. Este era el anuncio de una revolución. La religión se trasformaba sin que los vicarios de Dios lo echáran de ver; los pueblos tendían á unirse en una gran familia á pesar de la diversidad de creencias religiosas, al paso que los Papas se obstinaban en mantener la oposición hostil de los creyentes y de los infieles. De aquí la impotencia del Pontificado; se inmovilizó en el pasado, mientras que la humanidad marchaba hácia nuevos destinos. Esta misma oposición entre los sentimientos de la cristiandad y las pretensiones de los que se llamaban representantes de Dios sobre la tierra, se manifestó en la lucha de la Iglesia contra el protestantismo.

No dejaron de hacerse advertencias al Pontificado. Desde hacía

(1) LE PLAT, *Monumenta Concilii Tridentini*, t. III, p. 257.

dos siglos resonaban en el Occidente gritos de reforma. Los concilios generales de Constanza y Basilea respondieron en parte á estas exigencias, pero la política pontificia consiguió eludirlo todo. Al parecer, á principios del siglo XVI el poder de los Papas era mayor que nunca. Era la calma engañosa que precede á la tempestad. Los Papas se habían negado á corregir los abusos, cuando estalla una revolución religiosa. Esta revolución hubiera podido ser encauzada, moderada, si se hubiesen hecho algunas concesiones á los reformadores. Pero el Pontificado, ciego, como todos los poderes que se van, se opuso á toda transacción formal. ¿Por qué esta increíble obstinación? Porque las quejas se dirigían principalmente á la corte pontificia, y la corte de Roma, dice un contemporáneo, no quería reforma, áun cuando hubiera debido perecer la cristiandad (1). Quería conservar su poder á toda costa; hé aquí por qué combatió á los protestantes desde un principio: «Se sabe muy bien aquí, escribe un romano en Enero de 1521, que Lutero tiene razón, pero no se quiere escuchar las quejas; poco nos importan Jesucristo y la fe, la piedad y la honradez, con tal de que se salve nuestra dominación» (2). Poco importaban tampoco á los soberanos Pontífices las turbulencias y las guerras en que su oposición precipitaba á la cristiandad; Roma no veía más que su grandeza y su autoridad, como se lo echaron encima los reyes mismos (3). Ahora bien, estando ligado su poder á las instituciones y á los abusos del pasado, se esforzó en conservar las instituciones con los abusos.

El primer punto que el Papa recomendó á los embajadores que envió á la dieta de Espira, fué la autoridad de la Santa Sede (4). Julio III, al convocar el concilio de Trento, dió á sus legados la misma instrucción; quería que los padres se contentasen con decidir cuestiones de fe, y que se evitase el tocar al poder pontificio; pensaba, y no sin razón, que mientras se conservase ínte-

(1) Estas son las palabras de VARGAS, *Cartas y Memorias sobre el concilio de Trento*, p. 321.

(2) GIESELER, *Kirchengeschichte*, t. III, 1, § 1, nota 62.

(3) Instrucción del rey de Francia á su embajador en Trento (LE PLAT, *Monumenta Concilii Tridentini*, IV, 730).

(4) GRANVELLE, *Papeles de Estado*, II, 590.



gro, se podría volver fácilmente al antiguo estado de cosas» (1). Los legados fueron fieles á sus órdenes; en cuanto un miembro del concilio pedia una reforma, aún cuando fuese puramente disciplinaria, si se refería al poder pontificio, lo dejaban á la decisión de Roma, y el desdichado reformador era reprendido en plena Asamblea. Los prelados españoles querían quitar al Papa la colación de beneficios. «No será así, exclamó el soberano Pontífice, aún cuando perezca el mundo» (2). Esto raya en locura; pero preciso es confesar que esta ávida ambición es propia del espíritu del catolicismo. Si es cierto que los papas son los representantes de Dios en la tierra, el deber de los fieles es obedecerle; la obediencia á la Iglesia se confunde con la obediencia á Dios; es, pues, la primera de las virtudes, el ideal de la perfección cristiana (3). En este orden de ideas, la fe es lo accesorio, la autoridad de la Iglesia lo principal. Un jesuita lo dijo: *Le Jay* declaró en el concilio de Trento, que aún cuando los protestantes conviniere con los católicos en todos los artículos de fe, debían ser mirados como herejes, por el mero hecho de no reconocer la autoridad de la Santa Sede (4). El motivo por el cual los papas estaban tan aferrados á su poder exterior, no era precisamente una razón teológica; conocían que el imperio de las almas se les escapaba y que el único medio de conservarse era conservar y aumentar, si era posible, su influencia en la Iglesia y el Estado. En el concilio de Trento, un padre dijo que el prestigio de las funciones políticas ejercidas por los clérigos daba á la Iglesia más autoridad que la fe; estas palabras fueron recibidas con unánimes aplausos (5). Tal era la posición de los papas frente á frente de los protestantes; ella explica la resistencia obstinada que opusieron á toda reforma, á la vez que su impotencia para contener la revolución religiosa que se verificaba en la cristiandad.

Cuando estalló la Reforma, no había ya ni sombra de senti-

- (1) SARPÍ, *Istoria del concilio tridentino*, IV, 28.  
 (2) RANKE, *Deutsche Geschichte im Zeitalter der Reformation*, t. V, p. 138.  
 (3) En el concilio de Trento se pronunciaron estas palabras: «*Che l'obbedienza della Chiesa è il sommo della perfezione cristiana.*» (SARPÍ, VI, 31, t. II, p. 222.)  
 (4) *Historia Societatis Jesu*, t. I, p. 99, núm. 112.  
 (5) SARPÍ, *Istoria del concilio tridentino*, VI, 13 (t. II, p. 168).

miento cristiano en Roma. Leon X era un humanista indiferente si es que no era incrédulo: hubiese sido un papa perfecto, dice *Paolo Sarpi*, si hubiese tenido piedad y algún conocimiento de las cosas religiosas (1). La corte pontificia era el centro de las bellas artes y de los placeres; según un cardenal no faltaban más que las damas (2). Sin embargo, cosa extraña, aquella corte epicúrea conservaba todas las pretensiones del Pontificado de la Edad Media. Después de la condenación de Lutero, el nuncio del papa decía á todo el que quería oírle: «El soberano Pontífice puede destronar á los reyes. Puede, si quiere, decir al emperador; ¡tú no eres más que un curtidor! Sabrá traer á mandamiento á uno ó dos gramáticos, y sabremos dar cuenta de ese duque de Sajonia» (3). Las instrucciones que Leon X dió á su primer legado en Alemania, estaban concebidas en el estilo de los Gregorios y de los Inocencios. El papa le mandaba «que le enviase ante él á Lutero, apoyándose en el poder temporal, y que lo tuviese bien custodiado; que si despreciando el brazo secular no comparecía, el papa autorizaba á su legado para excomulgar al monje sajón y á todos los suyos: le autorizaba para excomulgar á todos los laicos, aún á los príncipes, exceptuando solamente al emperador, que le negasen su concurso: le autorizaba para privarlos de sus dignidades y de sus feudos: en fin, le autorizaba para poner en entredicho las tierras en que Lutero y sus cómplices fuesen recibidos» (4). Extraña ceguera de los hombres del pasado! ¿Eran los papas los únicos que ignoraban que hacía siglos clérigos y laicos se reían de los rayos de la Santa Sede? Leon X excomulgó á Lutero, lo cual implicaba la prohibición para todos los fieles de comunicarse con él. Esto no impidió al emperador, el protector nato de la Iglesia, llamar al monje sajón á la dieta de Worms, dándole los títulos de *querido*, de *honorable* y de *piadoso*! Las ciudades y las universidades rivalizaron en atenciones con un hombre entregado á los demonios! (5). Lutero encontró partidarios entre los príncipes alema-

- (1) SARPÍ, *Istoria del concilio tridentino*, I, 5 (t. I, p. 10).  
 (2) RANKE, *Fürsten und Völker von Süd-Europa*, t. II, p. 73.  
 (3) Así se expresaba el nuncio Aleander, según ERASMO (VON DER HARDT, *Historia literaria Reformationis*, t. I, p. 169).  
 (4) LE PLAT, *Monumenta Concilii Tridentini*, t. II, p. 6-8.  
 (5) MERLE D'AUBIGNÉ, *Historia de la Reforma*, t. II, p. 280.